

De como trató Cortés la conversion de los indios.

Siempre que Cortés entraba en algun pueblo derrocaba los idolos y vedaba el sacrificio de hombres por quitar la ofensa de Dios é injuria del prójimo; asi que en las primeras cartas y dineros que envió al emperador, despues que ganó à México pidió obispos, clérigos y frailes para predicar y convertir los indios á su Magestad y consejo de indias: despues escribió á frai Francisco de los Angeles, del linaje de los Quiñones, general de san Francisco que le enviase frailes para la conversion, diciendole que les haria dar los diezmos de aquella tierra, y él envió doce frailes con frai Martin de Valencia de don Juan provincial de san Gabriel, varon muy santo, y que dicen hizo milagros. Escribió lo mismo á frai Garcia de Loaisa general de los dominicos, el cual no se los envió hasta el año de veinte y seis que fué frai Tomás Ortiz con doce compañeros. Tardaban á ir obispos é iban pocos clérigos, por lo cual y por que le parecia mas espedito tornó á suplicar al emperador le enviase muchos frailes que hiciesen monasterios, y atendiesen á la conversion y llevasen los diezmos: empero su magestad no quiso siendo mejor aconsejado, pedirlo al papa que no lo hiciera ni convenia hacerlo. Llegó á México el año de veinte y cuatro frai Martin de Valencia con doce compañeros por vicario del papa. Hizo Cortés varios regalos, servicios y acatamiento: no les hablaba vez sino con la gorra en la mano y la rodilla en el suelo, y besaba el habito por dar ejemplo á los indios que se habian de volver cristianos, y por que de suyo les era devoto y humilde: maravillaronse mucho los indios de que se humillase tanto el que tanto respetaban ellos, y asi los tuvieron siempre en gran reverencia. Dijo á los españoles que honrasen mucho á los frailes, especialmente los que tenían indios que cristianar, lo cual hicieron con grandes limosnas para redimir sus pecados, bien que algunos le dijeron como hacia por *quien los destruyese cuando se viesen en su reino*, palabras que despues se le acordaron hartas veces. Llegados pues que fueron aquellos frailes se avivó la conversion derribando los idolos, y como habia muchos clérigos y otros frailes en los pueblos encomendados segun Cortés habia mandado, haciase grandísimo fruto en predicar, bautizar y casar. Hubo dificultad en saber con cual de las muchas mugeres que cada uno tenia se debian de velar los que bautizados se casaban á puertas de la iglesia, que ó no lo sabian ellos decir ó los nuestros entender, y asi juntó Cortés aquel mismo año de veinte y cuatro una sinodo que fué la primera de indias á tratar de aquel y otros casos: hubo en ella treinta hombres los seis letrados, mas legos y ca-

tre ellos Cortés, los cinco clérigos y los diez y nueve frailes: presidió frai Martin como vicario del papa. Declararon que por entonces casasen con la que quisiesen, pues no se sabian los ritos de sus matrimonios.

CAPITULO 57.

Del tiro de plata que Cortés mandó al emperador.

Escribió tras esto Cortés al emperador, besando los pies de S. M. por las mercedes y favor que le habia hecho desde México á quince de octubre de mil quinientos veinte y cuatro: suplicóle por los conquistadores, pidió franquezas y privilegios para las villas que él tenia pobladas, y para Tlaxcala, Texcoco y otros pueblos que le habian ayudado y servido en las guerras: envióle 70g castellanos de oro con Diego de Soto, y una culebrina de plata que valia 24g pesos de oro, pieza hermosa y mas de ver que de valor. Pesaba mucho, pero era de plata de Meehuacan, tenia de relieve una ave fenix con una letra al emperador que decia.

Aquesta nació sin par,

Yo en serviros sin segundo

Vos sin igual en el mundo.

No quiero contar las cosas de pluma, pelo, y algodón que envió entonces, pues las deshacia el tiro, ni las perlas, ni los tigres, ni las otras cosas buenas de aquella tierra, y muy estrañas en España; mas contaré que este tiro le causó envidia y mal querencia con algunos de Cortés por amor del letrado, aunque el vulgo lo ponía en las nubes; y creo que jamás se hizo tiro de plata, sino este de Cortés. La copla él mismo se la hizo, que cuando queria no trobaba mal: muchos procuraron su ingenio y vená de coplear, pero no acertaron, por lo cual dijo Andrés de Tapia.

A que este tiro á mi ver,

Muchos necios ha de hacer (a).

Y quizá porque costó de hacer mas de 3g castellanos: envió 25g de estos en oro, y 1.556 marcos de plata á Martin Cortés su padre para llevarle á su muger, y para que le enviase armas, artilleria, hierro, naos con muchas velas, sogas, áncoras, vestidos, plantas, legumbres y semejantes cosas para mejorar la buena tierra que conquistó; pero lo tomó todo el rey con lo demas que vino de las indias entonces. Con estos dineros que Cortés envió entonces al emperador quedaba la tesoreria del rey bacia, y él sin blanca por lo mucho que habia gastado en los ejércitos y armadas, que como la historia nos ha contado habia hecho. Llegaron al mismo tiempo á México muchos criados y oficiales del rey, y de ciudad Real Alonso de

[a] Esta es adición de Chima paín.

Estrada por tesorero, Gonzalo de Salazar de Granada por factor, Rodrigo de Albornoz de Paradinas por contador, Peralmindez Chirinos por veedor que fueron los primeros de la nueva España, y aun muchos conquistadores que pretendian aquellos cargos se agraviaron, quejandose de Cortés. Entraron en cuentas con Julian de Alderete y con los otros que Cortés y el cabildo tenían puestos para cobrar y tener el quinto, rentas y hacienda del rey, y no les pasaban ciertas partidas que habían dado á Cortés que serian 60y mil castellanos; mas como él mostró haberlos gastado en servicio del emperador, y pedía mas de otros 50y que tenía puestos de suyo, con lo que se feneció la cuenta. Todavía quedaron aquellos oficiales crecidos de que Cortés tenía grandes tesoros, así por lo que en España vieran sobre él, y por que Juan de Rivera ofreció en su nombre al emperador 200y ducados, como por que no faltaba quien les decia al oído que cada día traian los indios oro, plata, cacao, perlas, plumages y otras cosas ricas, y que tenía escondido el tesoro de Moctheuzoma y robado el del emperador y conquistadores con indios que de secreto lo sacaban de noche por el postigo de su casa, y así, no considerando lo que había enviado á Castilla y gastado en las guerras, escribieron á España especialmente Rodrigo de Albornoz que llevó cifras para avisar secretamente de lo que le pareciese muchas cosas contra él acerca de su avaricia y tiranía, que como no lo conocian y venian mal informados, y hallaban allí personas que no lo querian bien por que no les daba los repartimientos tan grandes como ellos querian y pedian, creian cuanto oian.

CAPITULO 58.

El estrecho que muchos buscaron en las indias.

Deseaban en Castilla hallar estrecho en las Indias para ir á los malucos por quitarse de pleito con Portugal sobre la especería, y así mandó el emperador que lo buscasen desde Veragua á Yucatán á Pedro Arias de Avila, á Cortés, á Gil Gonzalez de Avila y á otros, porque era opinión que lo había desde que Cristobal Colón descubrió tierra firme y mas de cuando Vasco Nuñez de Valbóa halló la otra mar viendo cuan poco trecho de tierra hay del nombre de Dios á Panamá. Así que lo buscaron y acertaron á buscarle cuasi aun mismo tiempo, aunque Pedrarias mas envió á Francisco Hernandez á conquistar y poblar que á buscar estrecho, el cual Francisco Hernandez pobló á Nicaragua y llegó á Honduras. Fernando Cortés envió á Cristobal de Olid segun ya contamos: Gil Gonzalez fué de proposito el año de veinte y tres pobló á san Gil de Buenavista, destruyó y despojó á Francisco Hernandez, y comenzó á conquistar aquella tierra.

CAPITULO 59.

De como se alzó Cristobal de Olid contra Fernando Cortés.

Fué Cristobal de Olid á Cuba segun le mandó Cortés, y tomó en la Habana los caballos y vitualias que Contreras tenía compradas, que costaron bien caras. Costaba entonces la hanega de maiz dos pesos de oro, la de frijol cuatro, la de garbanzo nueve, una arroba de aceite tres pesos, otra de vinagre cuatro, otra de candelas de cebo nueve, y la de jabon otros nueve: un quintal de estopa cuatro pesos, otro de hierro seis, una ristra de ajos dos, una lanza uno peso, un puñal tres, una espada ocho, una ballesta veinte, y el ovillo uno; una escopeta cien, un par de zapatos otro peso de oro, un cuero de baca doce. Ganaba un maestro de nao ochocientos pesos cada mes, y con esta carestia hizo Cortés esta y otras armadas, y en esta gastó treinta mil castellanos. Entretanto que se cargaban y proveían las naos de estos bastimentos, y de agua y de leña, se escribió y concertó con Diego Velasquez para alzarse contra Cortés con aquella gente armada, y tierra que á cargo llevaba. Entrevinieron al concierto Juan Ruano, Andrés de Dnero, el bachiller Parada, el provisor Moreno y otros que despues de muertos Velasquez y Olid descubrieron. Tomó pues lo que Contreras y Diego Velasquez le dieron, y fuése á desembarcar quince leguas antes del puerto de Caballos, habiendo corrido mal tiempo y peligro, y porque llegó á tres de mayo llamó al pueblo que trazó, *triumfo de la Cruz*. Nombró por alcaldes, regidores y oficiales á los que señaló Cortés en México. Tomó la posesion é hizo otros autos en nombre del emperador y de Fernando Cortés cuyo poder llevaba. Todo esto era á lo que despues pareció para asegurar los parientes y criados de Cortés, para fortalecerse muy bien, y para reconocer aquella tierra: luego mostró odio y enemiga á Cortés y á sus cosas, y amenazaba con la horda al que lo contradecia ó murmuraba; mas prometió oficios, obispados y audiencias á muchos, y así no había hombre que le fuere á la mano. Dejó de enviar á descubrir el estrecho, y puso á echar de aquella tierra y costa á Gil Gonzalez de Avila, que como poco antes dije estaba en ella, y tenía poblado á san Gil de Buenavista. Mató muchos españoles por hacerlo y entre ellos á Gil de Avila su sobrino, y prendió al mismo Gil Gonzalez de Avila con otros muchos por quedarse solo en aquella tierra que no era pobre. Cortés como supo lo que Cristobal de Olid había hecho, envió á gran prisa á Francisco de las Casas con nuevos poderes, y mandamiento de prenderle en dos naves muy buenas, y bien acompañado. Cristobal de Olid cuando vió aquellas naves

sospechó lo que traian. Metióse en dos carabelas que tenía con mucha gente para no dejarles tomar tierra y tirabales. Francisco de las Casas alzò una bandera de paz, mas no fuè creído: echò á la mar los bateles con muchos hombres armados para pelear y tomar tierra, si hallasen entrada, y comenzó á jugar su artilleria; y como en no escucharle se manifestaba la maticia y rebelion que se decia, dióse tal maña que echò á fondo una carabela del contrario. No se ahogó la gente, ni él osó arribar al puerto, sino estuvo con sus naos sobre las anclas esperando lo que determinaba hacer Cristobal de Olid que luego movió partido, y era por esperar una compañía de su gente que habia ido contra los de Gil Gonzalez. Entretanto sobrevino un recio tiempo y viento que dió con los navios de Francisco de las Casas al través en parte que muy presto fueron presos los que venian en ellos sin derramamiento de sangre. Estuvieron tres dias sin comer y con muchas aguas y frios, murieron cerca de cuarenta españoles. Hizoles Cristobal de Olid jurar sobre los evangelios como á los de Gil Gonzalez que lo obedecerian en todo y por todo; que nunca serian contra él ni seguirian mas á Cortés, y por tanto los soltó á todos, ecepto á Francisco de las Casas, que llevó consigo á Naco buen pueblo que destruyeron Aviles y Crecida. De la manera susodicha prendió Cristobal de Olid á Francisco de las Casas, y antes, ó como dicen otros, despues á Gil Gonzalez de Avila; como quiera que fuese es cierto que los tuvo presos á entrambos aun mismo tiempo y en su propia casa, y que estaba muy ufano con tan buenos prisioneros, asi por la reputacion y fama, como pensando tener por ellos aquella tierra libremente, y que se concertaría con Fernando Cortés; mas le sucedió muy al contrario, porque Francisco de las Casas le rogó muchas veces delante de todos los españoles que le soltase para ir a dar razon de sí á Cortés; pues su persona y prision le hacia poco al caso, y como siempre le respondia que no lo haria, dijole que lo tuviese á recaudo por que de otra manera lo mataria; palabra muy recia y atrevida para hombre preso. Cristobal de Olid que presumia de valiente y que le tenia sin armas y entre sus criados, no hizo caso de aquellas amenazas. Concertaronse pues ambos prisioneros de matarle, y cenando todos tres á una mesa, otros dicen que paseandose por la sala tomaronse dos cuchillos de servicio ó de escribania: echóle mano por la barba Francisco de las Casas, y sin que se pudiese rebullir le dieron muchas heridas, diciendo *no es tiempo de sufrir mas este tirano*: escapóseles al fin y fuese al campo, á esconder en unas chosas de indios con pensamiento de que venidos los suyos de cenar, que entonces estaba solo, matarian á Francisco de las Casas y á Gil Gonzalez; pero ellos dijeron luego, aquí los de Cortés!... y de allí á poco tuvieron sin sangre ni mu-

cha contradiccion las armas y personas de todos los españoles á su mandado, y presos algunos favorecedores de Cristobal de Olid. Pregonaronlo y supieron donde estaba: prendieronle, y le hicieron proceso, y por sentencia que entrambos á dos dieron fué degollado públicamente en Naco al cabo de algunos dias que estuvo preso, y asi feneció su vida por tener en poco su contrario y no tomar el consejo de su enemigo. Tras la muerte de Cristobal de Olid, gobernó la gente y tierra Francisco de las Casas y Gil Gonzalez, sin apartarse ninguno con la suya, y el Francisco de las Casas pobló la villa de Trujillo á diez y ocho de mayo del año de veinte y cinco. Ordenó muchas cosas convenientes á Cortés, y se volvió á México por tierra llevando consigo á Gil Gonzalez de Avila. Tenia la audiencia de santo Domingo autoridad del emperador para castigar al que se descompusiese y moviese guerra entre españoles en aquella tierra de las Higueras, envió allá lo mas presto que pudo al bachiller Pedro Moreno su fiscal con cartas y poder; mas ya cuando llegó era muerto Cristobal de Olid, y los matadores idos á México, y no pudo ni supo hacer nada, antes dicen que fué *mejor mercader que juez*.

CAPITULO 42.

De como salió Cortés de México contra Cristobal de Olid.

No descansaba Cortés ni cesaba de mostrar con palabras el enojo que dentro del pecho tenia de Cristobal de Olid por habersele alzado siendo su hechura y amigo, ni se confiaba de la diligencia de Francisco de las Casas, porque Olid tenía muchos amigos, asi que determinó ir alla. Apercibió sus amigos, aderezó su partida y publicó su determinacion. Los oficiales del rey le rogaron que dejase aquel viaje pues importaba mas la seguridad de México que la de Higueras, y no diese ocasion á que con su ausencia su rebelasen los indios y matasen los pocos españoles que quedaban, que segun entendian no estaban muy fuera de ello, porque siempre *andaban llorando la muerte de sus padres, la prision de sus señores y su cautiverio*: que perdiendose México se perdía toda la tierra ganada, que mas le temian y respetaban á él solo que á todos juntos, y que á Cristobal de Olid, el tiempo ó Francisco de las Casas, ó el emperador lo castigaria. Demas de esto le dijeron que era un camino muy largo, trabajoso y sin provecho, y que ir, era mover guerra civil entre españoles. Cortés respondia que dejar sin castigo aquel exceso era dar á otros ruines causa de hacer otro tanto, lo cual él temia mucho por haber muchos capitanes derramados por la nueva España que

tal vez se le desvergonzarian tomando ejemplo de Cristobal de Olid, y harian escasos en la tierra por donde se rebelasen todos y no bastasen despues él ni ellos, ni nadie à recobrarla. Ellos entonces le requirieron de parte del emperador que no fuese, y él prometió que no iria sino à *Coatzacoalco*, y otras provincia por allí rebeladas, y con esto se escusó de los ruegos y requirimientos, y aprestó su salida aunque con mucho seso, por que como de él colgaban todos los negocios, y el bien ó mal de la tierra, tuvo bien que esperar y que provèr. Ordenó muchas cosas tocantes à su gobierno, mandó que la conversion de los indios se continuase con todo el calor posible y necesario, escribió à los consejeros y encomenderos que derribasen todos los idolos: dió repartimientos à los oficiales del rey, y à otros muchos por no dejar à nadie desccontento: dejó por sus tenientes de gobernadores à Alonso de Estrada, tesorero y al contador Rodrigo de Albornoz, que le parecieron hombres para ello, y al licenciado Alonso Zuaso para en las cosas de justicia; y porque Gonzalo de Salazar y Peralmindez Chirinos no se sintiesen de aquello los llevó consigo. Dejó à Francisco de Solis por capitán de artilleria y alcaide de las atarazanas, y muy bien proveidos los bergantines y muchas armas y municion por si algo aconteciese. Acordó de llevar con él todos los señores y principales de México y Culhua que podian alterar la tierra y causar algun bullicio en su ausencia, y entre ellos fueron el rey don Hernando Quauhtimoc, don Pedro de Alvarado Cobanacotzin señor que fué de Texcoco, don Pedro Cortés Tetepanquetzal, señor de Tlacopan, don Carlos Oquici señor de Azcapotzalco don Juan Velasquez Tlacatlec Xihuacoatl, don Diego de Alvarado Panitzin señor de Ecatepec, don Diego de san Francisco Tehuezquiticin Tlacatecatl, don Fernando Cortés Ixtlilxochitl príncipe de Texcoco, don Andrés Mutelchiuhcinnhuiznahuatl señor de Mexicalzingo, hombres muy poderosos para cualquiera rebelion estando presentes. Ordenado pues todo esto se partió Cortés de México por octubre de 1524 pensando que todo se haria bien; pero todo se hizo mal, si no fué la conversion de los indios que fué grandisima y bien hecha, segun despues largamente dirémos (*).

CAPITULO 43.

De como se alzaron contra Cortés en México sus tenientes.

Alonso de Estrada y Rodrigo de Albornóz comenzaron luego que salió Cortés de la ciudad à tener puntillos y resaca

[*] *Tambien fué doña Marina Tenepal la interprete.*

bios sobre la presidencia y mando: y un dia estando en ayuntamiento llegaron à mano à las espadas sobre poner un alguacil, y poco à poco vinieron à no hacer como debian su oficio. El cabildo lo escribió à Cortés por dos ó tres veces, y como le tomaban las cartas por el camino, no proveia de remedio mas de escribirles reprendiendoles su yerro y desatino, y apercibiendoles que si no se enmendaban y conformaban que les quitaria el cargo y los castigaria; ellos no por esto reprimian sus pasiones antes crecian las rencillas y odios, porque Estrada que presumia de hijo de rey despreciaba al Albornoz, y Albornoz como presumia de tan honrado no se dejaba hollar. Perseverando ellos en su discordia y avisando à Cortés la ciudad muy à prisa para que tornase à poner remedio en aquello y apaciguar los vecinos así indios como españoles, que con el alboroto de aquellos dos estaban desasosegados; acordó por no dejar su camino y empresa de dar al factor Gonzalo de Salazar y al vedor Peralmindez Chirino de Ubeda igual poder que los otros tenian, para que no afrentando à ninguno, gobernasen todos cuatro. Dióles asimismo otro poder secreto para que ellos dos solos con el licenciado Zuaso fuesen gobernadores, revocando y suspendiendo al Alonso de Estrada y Rodrigo de Albornoz, si les pareciese que convenia, y los castigasen si tenian culpa. De este poder secreto que Cortés les dió à buen fin, resultó gran odio y revueltas entre los oficiales del rey, y nació una guerra civil en que murieron hartos españoles y estuvo México para perderse. Salazar y Chirinos tomaron los poderes y ciertas instrucciones. Despidiéronse de Cortés en la villa del Espiritu Santo (aunque no en la gracia) y volvieronse à México: no curaron de gobernar juntamente con los otros, sino solos: hicieron su pezquisa è informacion contra ellos, y los prendieron: enviaron preso al licenciado Alonso Zuaso encima de una acémila y con grillos y cadena à la Veracruz, para que allí le metiesen en una nao y llevasen à Cuba à dar cuenta de cierta residencia, y tras esto hicieron otras cosas peores que Estrada y Albornoz; y como si no hubiera rey, ni Dios, así se portaban con todos los que no andaban à su gusto, y pensando que Cortés no volveria mas à México, y por demasiada codicia, aunque publicaban ellos ser para servicio del emperador, prendieron à Rodrigo de Paz primo y mayordomo mayor de Cortés y alguacil mayor de México. Dieronle tormento cruelisimamente para que dijese del tesoro, y como no confesaba por no saber de él ni lo habia, lo ahorcaron y se tomaron las casas de Cortés con la artilleria, armas, ropa, y todas las otras cosas que dentro estaban, cosa que pareció muy mal à toda la ciudad, por lo cual fueron despues condenados à muerte; aunque no ejecutados de los oidores y licenciados Juan de Salmeron, Quiroga, Cinos Maldonado, estando por presidente don Se-

bastian Ramirez de Fuenléal obispo de santo Domingo, y por el consejo de Indias en España, y mucho despues los condenó la misma audiencia de México, siendo virey don Antonio de Mendoza, á pagar la artilleria y todo lo demás que tomaron de casa de Cortés. Quedaron los buenos gobernadores con esto tan disolutos como absolutos, y estando las cosas asi, se rebelaron los de Huaxacac y Coatlan, y mataron cinquenta españoles y ocho ó diez mil indios esclavos que cavaban en las minas. Fué allí Peralmindez con doscientos españoles y cien á caballo, y por la guerra que les dió se acogieron en cinco ó seis peñoles, y al cabo se recogieron á uno muy fuerte y grande con toda su ropa y oro. Chirinos los cercó y estuvo sobre ellos cuarenta dias, porque los del Peñol tenian una gran sierpe de oro, muchas rodelas, collares, moscadotes, piedras y otras ricas joyas; mas ellos una noche sin que los sintiesen se fueron con todo su tesoro. Gonzalo de Salazar se hizo pregonar en México publicamente y con trompetas por gobernador y capitán general de aquellas tierras de nueva España. Andando la cosa tal avisaron á Cortés para que viniese con el capitán Francisco de Medina, al cual mataron los de Xicalanco cruelisimamente que le hincaron muchas rajuelas de théa por el cuerpo, y lo quemaron poco á poco haciendolo andar al rededor de un hoyo que es ceremonia de hombre sacrificado, y mataron con él otros españoles é indios que le guiaban y servian. Fué tras Medina Diego de Ordaz con gran prisa por Cortés, y como supo la muerte que le dieron se volvió, y por que ne lo tuviesen por cobarde, ó pensando que fuese muerto tambien á manos de indios dijo, que Cortés era muerto, que causó gran parte del mal, con lo cual y por las malas nuevas que venian de los muchos trabajos y peligros en que Cortés y los de su compañía andaban, lo creia casi toda la ciudad, y asi muchas mugeres hicieron exéquias á sus maridos, y al mismo Cortés hicieron tambien ciertos parientes, amigos y criados suyos honras como á muerto. Juana de Mansilla muger de Juan Valiente, dijo que Cortés era vivo: vino á oidos de Gonzalo de Salazar y mandóla azotar por las calles públicas y acostumbradas de la ciudad, dislate que no lo hiciera un modorro; mas Cortés cuando vino restituyó á esta muger en su honra, llevándola á las ancas por México, y llamándola *doña Juana*, y en unas coplas que despues hicieron á imitacion de las del provincial dijeron por allá que habian sacado el *don* de las espaldas, como narices del brazo. Estaban á la sazón seis ó siete naos de mercaderes en Medellin que por la fama de las riquezas de México habian ido á vender sus mercaderias. Gonzalo de Salazar y todos los otros oficiales del rey querian enviar en ellas dineros al emperador que era el toque de su negocio, y escribir al consejo y á Cobos en derecho de su deudo; pero

no faltó quien se lo contradijese, diciendo que no era bien hecno auello sin voluntad, y cartas del gobernador Fernando Cortés. Llegó en esto Francisco de las Casas con Gil Gonzalez de Avila, y como era caballero, y hombre altivo, animoso y cuñado de Cortés, opusose muy recio contra ellos, y aun los atropelló un dia maltratando á Rodrigo de Albornoz, y envió luego á quitar las áncoras y velas á las naos que estaban en Medellin (55), porque no tuviesen en que enviar á España relaciones, como el decia, *falsas, mentirosas y perjudiciales*; pero el factor Salazar que era mañoso, lo prendió juntamente con Gil Gonzalez. Procedió contra ellos por la muerte de Cristobal de Oid por la inobediencia y desacato que le tuvo, por lo de las naos y porque era gran contraste para sus pensamientos, condenólos á muerte y sino fuera por buenos rogadores los degollára. Aunque habian apelado para el emperador todavia los envió presos á España con el proceso y sentencia en una nao de Juan Bono de Quexo. Envió asimismo doce mil castellanos en barras y joyas de oro con Juan de la Peña criado suyo; pero quiso la fortuna que se undiese aquella caravela en la isla del Fayal que es una de los azores, y así se perdieron las cartas, y procesos, y se salvaron los hombres y el oro.

CAPITULO 44.

La prision del factor y veedor y cierta conjuracion.

Estando pues Gonzalo de Salazar triunfando de esta manera en México, y Peralmindez Chirinos sobre el Peñol que dije, llegó á la ciudad Martin Dorantes mozo de espuelas de Cortés con muchas cartas y con poderes del gobernador, para que gobernasen Francisco de las Casas y Pedro de Alvarado, y removiesen del cargo y castigasen al factor y veedor. Entróse en san Francisco sin ser visto de nadie, y como supo de los frailes que Francisco de las Casas era llevado preso á España, llamó secretamente á Rodrigo de Albornoz y á Alonso de Estrada y dióles las cartas de Cortés; ellos en leyendolas llamaron á todos los de la parcialidad de Cortés, los cuales eligieron luego á Alonso de Estrada por lugar teniente de Cortés en nombre del emperador por no estar allí, ni tampoco Pedro de Alvarado ni Francisco de las Casas á quien venian los poderes. Divulgóse luego por toda la ciudad que Cortés era vivo, y todos salian de sus casas por ver y hablar al Dorantes; con el regocijo de tan buenas nuevas parecia México otro del que hasta allí. Gonzalo de Sa-

[55 *Es decir en lo que hoy llaman la boca del rio á tres leguas de Veracruz al Sur.*

lazar temió valientemente el furor del pueblo: habló á muchos segun la necesidad que tenia para que no le desamparasen. Asestó la artilleria á la puerta de las casas de Cortés donde residia despues que ahorcó á Rodrigo de Paz, y se hizo fuerte con hasta doscientos españoles. Alonso de Estrada con todo su bando fué á combatirle la casa. Como aquellos doscientos españoles vieron venir y toda la ciudad sobre sí, y que era mejor acostarse á la parte de Cortés que era vivo, que no tener amistad con él factor, y por no morir comenzaron á dejarle y descolgarse, por las ventanas á unos corredores de la casa, y de los primeros que se descolgaron fué don Luis de Guzman, y no le quedaron sino doce ó quince que debian ser sus criados. El factor no por eso perdió el ánimo, antes de que vio que todos se iban, esforzó á los que le quedaban y puso á resistir, y él mismo pegó fuego con un tizon á un tiro; pero no hizo mal por la puntualidad con que se abrieron los contrarios al pesar de la pelota. Arremetió tras estos Estrada y su gente, y entraron y prendieron al factor en una cámara donde se retiró, echaronle una cadena, llevaronlo por la plaza y otras calles, no sin vituperio é injuria para que todos lo viesen: metieronlo en una red, y pusieronle muy buena guardia y despues se pasaron á la misma casa Estrada y Albornoz. Estrada derechamente le fué contrario, mas Albornoz andubo doblado, por que afirman que se salió de san Francisco y habló al factor, prometiendole que ni sería contra él, ni con él, sino en poner paz: y á la vuelta topó al Estrada que venia á combatir la casa, é hizo que le apeasen de la mula y le diesen caballo y armas para sí y para sus criados, porque pareciese fuerza, si el factor vencía. Peralmindez Chirinos dejó la guerra que hacia de que supo que Cortés era vivo y revocado su poder de gobernador, caminó para México cuanto mas pudo por ayudar con su gente á su amigo Gonzalo de Salazar; mas antes que llegase supo como ya estaba preso y enjaulado, y fuese á Tlascalcan y metióse en san Francisco monasterio de frailes, pensando guarecer allí y escapar de las manos de Alonso de Estrada y bando de Cortés; pero luego que se supo en México enviaron por él y le trajeron y metieron en otra jaula junta á su compañero, sin que le valiese la iglesia. Con la prision de estos dos, cesó todo el escandalo, y gobernaban Estrada y Albornoz en nombre del rey y del pueblo muy en paz, aunque aconteció que ciertos amigos y criados de Gonzalo de Salazar y Peralmindez se hermanaron, y concertaron de matar un dia señalado al Rodrigo de Albornoz y Alonso de Estrada, y que las guardas soltasen entretanto los presos; mas como tenían las llaves mismos los gobernadores no se podia efectuar su concierto sin hacer otras, porque romper las jaulas que eran vigas muy gruesas era imposible sin ser sentidos y presos. Asi que dan

parte del secreto prometiendole grandes cosas á un Guzman hijo de un cerrajero de Sevilla que hacia vergas de ballesta. El Guzman que era buen hombre y allegado á Cortés se informó muy bien quienes y cuantos eran los conjurados para denunciarlos y ser creído. Prometióles llaves, limas, y ganzuas para cuando se las pedian, y rogóles que cada dia le viesen y avisasen de lo que pasaba, porque se queria hallar en librar los presos, no los matasen. Aquellos se los creyeron de necios y poco recatados, é iban y venian á su tienda muchas veces. El Guzman descubrió el negocio á los gobernadores, declarando por sus nombres á los concertados, á los cuales luego pusieron espas y hallaron ser verdad. Dieron mandamiento para prender los del monopolio. Presos confesaron ser verdad que querian soltar á sus amos y matarlos á ellos, y asi sentenciados, ahorcaron á un Escobar y á otros que eran los cabezas: á unos cortaron las manos, á otros los pies, á otros azotaron y á muchos desterraron, y en fin todos fueron muy bien castigados, y con esto no hubo de allí en adelante quien revolviere la ciudad ni perturbase la gobernacion de Alonso de Estrada. Asi como dgo pasó esta guerra civil de México entre españoles, estando ausente Fernando Cortés, y la levantaron oficiales del rey, que son mas de culpar, y nunca Cortés salió fuera que soldado ninguno suyo saliese de su mandado y comision, ni hubiese la menor alteracion de las pasadas. Fué maravilla no alzarse los indios entonces, que tenian aparejo para ello, y aun armas, bien que dieron muestras de hacerlo, mas esperaban que don Hernando Quauhtimoc se los enviase á decir cuando él hubiese muerto á Cortés como lo trataba por el camino, segun despues se dirá.

CAPITULO 45.

La gente que llevó Cortés á las Higueras.

Luego que Cortés despachó á Gonzalo de Salazar y á Peralmindez desde la villa del Espiritu Santo con poderes para gobernar en México, hizo saber á los señores de Tabasco y Xicalanco como estaba allí y queria ir cierto camino, que le enviassen algunos hombres practicos de la costa y de la tierra, y luego aquellos señores le enviaron diez personas de las mas honradas de sus pueblos, y mercaderes con el crédito que de costumbre tienen; los cuales despues de haber entendido muy bien el intento de Cortés, le dieron un dibujo de algodón tejido en que pintaron todo el camino que hay de Xicalanco hasta Nao y Nito, y uno donde estaban españoles, y aun hasta Nicaragua que es á la mar del Sur y hasta donde residia Pedrarias gobernador de tierra firme: cosa bien de mirar, porque tenía

todos los rios y sierras que se pasan, y todos los grandes lugares y las ventas á donde hacen jornada cuando van á las ferias; y le dijeron como por haber quemado muchos pueblos los españoles que andaban por aquella tierra, se habian huido los naturales á los montes, y asi no se hacian las ferias como solian en aquellas ciudades. Cortés se lo agradeció y les dió algunas cosillas por el trabajo, y por las nuevas de lo que buscaban, y se maravillò de la noticia que tenian de tierra tan lejos. Teniendo pues guía y lengua, hizo alarido y halò ciento cincuenta caballos y otros tantos españoles á pie, muy en orden de guerra, para servicio de los cuales iban tres mil indios y mugeres: llevó una piara de puercos, animales para mucho camino y trabajo y que multiplican en gran manera. Metió en tres caravelas cuatro piezas de artilleria que sacó de México, mucho maz, frijoles, pescado y otros mantenimientos, muchas armas y peltrechos y todo el vino, aceite, vinagre y cesinas que tenian traídas de la Veracruz y de Medellín. Envió los navios que fuesen costa á costa hasta el rio de Tabasco, y él tomó el camino por tierra con pensamiento de no desviarse mucho de la mar. A nueve leguas de la villa del Espiritu Santo, pasó un gran rio en barcas y entró en Tonalá, y otras tantas leguas mas adelante pasó otro rio al que llaman *Aquivalco*, y los caballos á nado. Encontrò despues otro tan ancho que por que no se le ahogaran los caballos hizo una puente de madera, no media legua de la mar que tuvo novecientos treinta y cuatro pasos, fué obra que maravillò á los indios; y aunque los cansó. Llegó a Copilco cabeza de la provincia, y en treinta y cinco leguas que andubo atravezò cincuenta rios y desagüaderos de cienegas, y otras casi tantas puentes que hizo, que no pudiera de otra manera pasar la gente. Es aquella tierra muy poblada, aunque muy baja y de muchas cienegas y lagunejos á causa de ser muy alta la costa y ribera, y asi tienen muchas canoas. Es rica de cacao, abundante de pan, fruta y pesca, sirvió muy en bien este camino, y quedó amiga y depositada á los españoles vecinos de la villa del Espiritu Santo. De Anaxauca que es el postrer lugar de Copilco para ir á Civatlan, atravesó unas muy cerradas montañas, y un rio dicho Quecatlapan bien grande, el cual entra en el Tabasco que llaman Grijalva, y por él se proveyó de comida de los carabelones con doscientas barquillas de Tabasco que trajeron doscientos hombres de aquella ciudad con las cuales pasó el rio. Ahogósele un negro y se le perdieron hasta cuatro arrobas de herraje que hicieron harta falta. Creo que aqui se casó Juan Xaramillo con Marina Tenepal, estando borracho (*). Culparon á Cortés que lo consintió

[*] Bernal Dias dice tom. 4.º pag. 198 que se casó cerca de otro pueblo que se dice Orizava.

teniendo hijos en ella: huyeron los indios y en veinte dias que allí estuvo Cortés no vinieron; ni halló quien mostrase el camino, si no fueron dos hombres y unas mugeres que le dijeron como el señor y todos andaban por los montes y esteros, y que ellos no sabian andar sino en barcas. Preguntados si sabian á Chitapan, que estaba en el dibujo, señalaron con el dedo una sierra hasta diez leguas de allí: Cortés hizo una puente de trescientos pasos en que entraron muchas vigas de treinta á cuarenta pies, y pasó una gran cienega que sin pasar agua no se podia salir de aquel pueblo. Durmió en el campo alto y enjuto, y otro dia entró en Chilapan gran lugar, y bien asentado, mas estaba quemado y destruido. No halló en él mas de dos hombres que lo guiaron á Tamaztepec, que por otro nombre llaman Tecpetitan. Antes de llegar allá, pasó un rio dicho por nombre Chilapan, como el lugar atras; ahogóse allí otro esclavo, y perdióse mucho fardaje. Tardó dos dias en andar seis leguas, y casi siempre fueron los caballos por agua y cieno hasta las rodillas y hasta la barriga por muchas partes. El trabajo y peligro que pasaron todos fué excesivo, y por poco se ahogari tres españoles. Tamaztepec estaba sin gente y desolado. Descansaron los españoles en él seis dias, hallaron fruta, maíz verde en lo labrado, y maíz en grano en silos, que fué harto remedio y refrigerio segun iban hombres y caballos, y aun como pudieron llegaron los puercos, que fué maravilla. De allí fué á Iztacpan en dos jornadas por cienegas y tremedales espantosos donde se hundian los caballos hasta las cinchas. Los de aquel pueblo como vieron hombres á caballo huyeron, y tambien por que les habia dicho el señor de Civatlan que los españoles mataban cuantos topaban, y aun pusieron fuego á muchas casas, llevaron su ropa y mugeres de la otra parte del rio que pasa por el pueblo, y muchos de ellos por pasar á prisa se ahogaron. Prendieron algunos, que dijeron como por el miedo que les habia metido el señor de Civatlan, habian hecho aquello. Cortés entonces llamó los que traia de Civatlan, Chitapan y Tamaztepec para que le dijessen el buen tratamiento que se les hacia, y dioles luego en presencia de aquel preso algunas cosillas y licencia que se tornasen á sus casas, y cartas para que mostrasen á los cristianos que por sus pueblos viniesen, por que con ellas estarian seguros. Con esto se alegraron y aseguraron los de Iztacpan, y llamaron al señor el cual vino con cuarenta hombres, y dióse por vasallo del emperador, y dió largamente de comer á nuestro ejército en ocho dias que allí estuvo. Pidó veinte mugeres que fueron presas en el rio, y luego se les entregaron. Acaeció estando allí, que un mexicano se comió la pierna de otro indio de aquel pueblo que fué muerto á cuchilladas; supole luego Cortés y al instante lo hizo quemar en presencia del señor el cual quiso saber la causa, y

se le dijo con un largo razonamiento y sermón por intérprete, dándole a entender como era venido en aquellas partes en nombre del mas bueno y poderoso príncipe del mundo, á quien toda la tierra reconocia como á monarca, y que así debia hacer él, y también venia á castigar los malos que comian carne de otros hombres como hacia aquel mexicano, y á enseñar la ley de Cristo y creer y adorar un solo Dios, y no tantos ídolos, y notificar á los hombres el engaño que les hacia el diablo para llevarlos al infierno donde les atormentase con terrible y perdurable fuego. Declaróle asimismo muchos misterios de nuestra santa fé católica, hablóle del paraíso, y dejóle muy contento y maravillado de las cosas que le dijo. Este señor dió á Cortés tres canoas para enviar á Tabasco por el río abajo con tres españoles, y la instrucción de lo que habian de hacer los caravelones, y como habian de ir á esperarle á la bahía de la Ascension, y para llevar con ellas y con otras carne y pan de los navios á Acalan por un estero. Dióle asimismo otras tres canoas y hombres que fueron con unos españoles el río arriba á apaciguar y allanar la tierra y camino, que no fué poca amistad. De aquí comenzaron á ir ruinas nuevas á México, y que nunca mas volveria Cortés, por lo cual mostraron luego sus dañadas intenciones Gonzalo de Salazar y Piralmindez Chirinos.

CAPITULO 46.

Los sacerdotes de Tatahuítlan.

De Iztacpan fué Cortés á Tatahuítlan donde no halló gente ninguna, salvo veinte hombres que debian ser sacerdotes en un templo de la otra parte del río, muy grande y bien adornado, los cuales dijeron haberse quedado allí por morir con sus dioses, que les decian que los mataban aquellos barbudos, y era que Cortés quebraba siempre los ídolos, y ponía cruces; y como vieron á los indios de México con unos aderezos de los ídolos dijeron llorando que ya no querian vivir pues sus dioses eran muertos. Cortés entonces y los dos frailes franciscanos les hablaron con las lenguas que llevaban otro tanto como al señor de Iztacpan, y que dejasen aquella su loca y mala creencia: ellos respondieron que querian morir en la ley que sus padres y abuelos. Uno de aquellos veinte que era principal, mostró donde estaba Huatipan que venia figurado en el paño, diciendo que no sabia andar por tierra, simpleza harto grande pero con ella vivian contentos y descansados. Poco despues de salido el ejército de allí pasó una cienega de media legua, y mas adelante una cienega de legua; pero como era algo tiesta de abajo pasaron los caballos con menos fatiga, aunque les daba á las cinchas, y donde menos encima de las rodillas. Entra-

ron en una montaña tan espesa que no veían si no el cielo lo que pisaban, y los árboles tan altos que no se podia subir en ellos para atalayar la tierra: andubieron dos dias por ella desatinados. Repararon á orilla de una balsa que tenia yerva por que paciesen los caballos: durmieron y comieron aquella noche poco, y algunos pensaban que antes de acertar á poblado habian de morir. Cortés tomó una ahuja y carta de marear que llevaba para semejantes necesidades, y acordandose del paraje que le habian señalado en Tabuítlan, vió y halló que corriendo al Nordeste iban á salir á Huateopan, ó muy cerca. Abrieron pues, el camino á brazos siguiendo aquel rumbo, y quiso Dios que fueron derechos á dar al mismo lugar despues de muy trabajados; mas refrescaronse luego en él con frutas y otras muchas comidas, y ni mas ni menos los caballos con maiz verde y con yerva de la ribera que es muy hermosa. Estaba el lugar despoblado y no podia Cortés saber rastro de las tres barcas y españoles que habia enviado el río arriba, y andando por el pueblo vió una saeta de ballesta hincada en el suelo, por lo cual conocieron que eran pasados adelante, si ya no los habian muerto los de allí. Pasaron el río algunos españoles en unas barquillas: andubieron buscando gente por las huertas y labranzas, y al cabo vieron una gran laguna donde todos los de aquel pueblo estaban metidos en barcas é isletas, muchos de los cuales salieron luego á ellos con mucha risa y alegría, y vinieron al lugar hasta cuarenta que dijeron á Cortés como por el señor de Civatlan habian dejado el pueblo, y como eran pasados ciertos barbudos el río adelante con hombres de Iztacpan que les dieron certeza del buen tratamiento que los extranjeros hacian á los naturales, y como se habia ido un hermano de su señor con ellos en cuatro canoas armadas con gente para que no les hiciesen mal en el otro pueblo mas arriba. Cortés envió por los españoles y vinieron luego al otro día con muchas canoas cargadas de miel, maiz, cacao y un poco de oro que alegró el ojo á todos: también vinieron de otros cuatro ó cinco lugares á traer á los españoles bastimento y á verlos por lo mucho que de ellos se decia, y en señal de amistad les dieron un poquito de oro, y todos quisieran que fuera mas. Cortés les hizo mucha corteja, y rogó que fuesen amigos de los cristianos. Todos ellos se lo prometieron, tornaronse á sus casas, quemaron muchos de sus ídolos por lo que les fué predicando, y el señor dió el oro que tenia.

CAPITULO 47.

De la puente que hizo Cortés.

De Huateopan tomó Cortés el camino para la provincia de Acalan por una senda que llevan los mercaderes, que otra

personas poco andan de un pueblo à otro, segun ellos decian: pasó el rio con barcas, ahogóse un caballo y perdieronse algunos fardajes. Andubo tres dias por unas montañas muy ásperas con gran fatiga del ejército, y luego dió sobre un estero de quinientos pasos de ancho, el cual puso en gran conflicto los nuestros por no tener barcas ni hallar fondo; de manera que con lagrimas pedian à Dios misericordia, que si no era volando parecia imposible pasarlo, y tornar atrás como todos los mas querian era perecer, porque como habia llovido mucho se habian llevado las crecientes todas las puentes que hicieron. Cortés se metió en una barquilla con dos españoles hombres de mar, los cuales fondaron todo el ancon y estero, y por dó quier hallaron cuatro brazas de agua. Tentaron con picas atada una à otra el suelo y estaban otras dos brazas de lama y cieno, de suerte que eran seis brazas de hondura y quitar ban la esperanza de fabricar puente. Todavía quiso él probar à hacerla, rogó à los señores mexicanos que consigo llevaba, hiciesen con los indios que cortasen arboles, labrasen y trajesen vigas grandes para hacer allí una puente por donde escapasen de aquel peligro: ellos lo hicieron, y los españoles iban hincando aquellas maderas por el cieno puestos sobre balsas, y con tres canoas que no tenían mas; pero erales tanto trabajo y mohina que renegaban de la puente, y del capitan, y murmuraban terriblemente de él por haberlos metido locamente donde no los podria sacar con toda su agudeza y saber, y decian que la puente no se acabaria y cuando se acabase serian ellos acabados: por tanto, que diesen vuelta antes de acabar las vituallas que tenían, pues asi como asi, se habian de volver sin llegar à Higueras. Nunca Cortés se vió tanto confuso, mas por no enojarlos no les quiso contradecir, y rogóles que se holgasen y esperasen cinco dias solamente, y si en ellos no tenia hecha la puente que les prometia volverse. Ellos à esto respondieron que esperarían aquel tiempo aunque comiesen cantos. Cortés entonces habló à los indios que mirasen en cuanta necesidad estaban todos, pues de fuerza habian de pasar ó perecer: animólos al trabajo diciendo que luego en pasando aquel estero estaba Acalan, tierra abundantissima y de amigos, y donde estaban los navios, con muchos bastimentos y refresco. Prometióles grandes cosas para en volviendo à México si hacian aquella puente. Todos ellos y los señores principalmente respondieron que les placia, y luego se repartieron por cuadrillas unos para cojer raíces y yervas y frutas de monte que comer, otros para cortar arboles, otros para labrarlos, otros para traerlos y otros para hincarlos en el estero. Cortés era el maestro mayor de la obra, el cual puso tanta diligencia, y ellos tanto trabajo, que dentro de seis dias fué hecha la puente, y al septimo pasara por encima de ella todo el ejército y caballos, cosa que pa-

reció no sin ayuda de Dios obrada, y los españoles se maravillaron mucho, y aun trabajaron su parte, que aunque hablan mal obran bien; la hechura era comun, mas la maña que los indios tuvieron fué estraña. Entraron en ella mil vigas de ocho brazas en largo, y cinco ó seis palmos de gordor, y otras muchas maderas menores y menudas para cubierta: la atadura fué de bejucos, que clavaron no hubo sino de clavos de herrar, y clavijas de palo, por algunos barrenos. No duró la alegría que todos llevaban por haber pasado à salvo aquel estero, que luego pasaron una cienega muy espantosa, aunque no muy ancha donde los caballos quitadas las sillas se sumian hasta las orejas, y cuanto mas forcejaban mas se hundian; de manera que allí se perdió del todo la esperanza de escapar caballo ninguno; todavía les metian bajo los pechos haces de rama y de yerva en que se sostuviesen, lo cual aunque aprovechaba algo no bastaba. Estando asi abriose por medio un callejon por donde acanaló el agua, y por allí salieron à nado los caballos, pero tan fatigados que no se podian tener en pie. Dieron gracias à Nuestro Señor por tan grandes mercedes como les habia hecho que sin caballos quedaban perdidos. Estando en esto llegaron cuatro españoles que habian ido adelante con ocho indios de aquella provincia de Acalan, cargados de aves, fruta y pan, conque Dios sabe cuanto se holgaron ellos, mayormente cuando dijeron que Apoxpalon señor de aquella provincia y toda la demás gente quedaba esperando el ejército de paz, y con muy buena voluntad de verle y aposentarlo en sus casas, y ciertos de aquellos indios dieron à Cortés cosillas de oro de parte del señor, y dijeron como tenia gran contentamiento de su venida por aquella tierra, que muchos años habia que tenia noticia de él por los mercaderes de Xicalanco y Tabasco. Cortés les agradeció tan buena voluntad, dióles ciertas cosillas de España para el señor, hizoles ir à ver la puente, y tornolos à enviar con los mismos españoles: fueron admirados del edificio de la puente, asi porque no las hay por allí, como por ser tan grande, y porque pensaban que ninguna cosa era imposible à los españoles. Otro dia llegaron à Tizapetl donde los vecinos tenían mucha comida aderezada para los hombres, y mucho grano, yerva y rosas para los caballos. Reposaron allí seis satisfaciendo el trabajo y hambre pasada: vino à ver à Cortés un mancebo de buena disposicion, y muy bien acompañado, que dijo ser hijo de Apoxpalon, trajole ciertas gallinas y algun oro, ofrecióle su persona y tierra, fingiendo que su padre era muerto, él lo consolò y mostró tener firmeza, aunque barruntaba que no decia verdad, porque cuatro dias antes estaba vivo, y le habia enviado un presente. Dióle un collar de cuentas de Flandes que traia al cuello que fué muy estimado del mancebo, y rogóle que no se fuese tan presto.

CAPITULO 48.

De Apoxpalon señor de Izcancanac.

De Tinapetl fueron á Teuricaccac, que estaba seis leguas donde el señor le hizo muy buen tratamiento. Aposentaronse en los templos, que los hay muchos y muy hermosos, uno de los cuales era el mayor y dedicado á una diosa á quien sacrificaban doncellas virgenes y hermosas, que si no eran, dicen, que se enojaba mucho con ellos, y á esta causa las buscaban desde niñas y las criaban regaladamente. Sobre esto les dijo Cortés como mejor pudo lo que convenia á cristiano, y lo que el rey mandaba y derribó los idolos, de que no mostraron mucha pena los del pueblo. Aquel señor de Teuricaccac trabó grandes pláticas y conversaciones con los españoles, y tomó mucha amistad y amor con Cortés: dióles mas entera razon de los españoles que iba buscando y del camino que habia de llevar; dijole con muy gran puridad como Apoxpalon era vivo, y que le queria guiar por un rodeo, aunque no mal camino, que habia de llevar porque no viese sus pueblos y riqueza: rogóle que tuviese secreto si le queria ver vivo, y con su hacienda y estado: Cortés se lo agradeció mucho y no solamente le prometió secreto, pero buenas obras de amigo; llamó luego al mancebo que dije y escaminóle, el cual como no pudo negar la verdad, dijo como su padre era vivo, y á ruego de Cortés le fué á llamar y le trajo luego al segundo dia. Apoxpalon se escusó con mucha verguenza, diciendo que de miedo de tan estraños hombres y animales lo hacia hasta ver si eran buenos, porque no le destruyesen sus pueblos; pero que ahora que veia como no hacian mal á nadie le rogaba se fue-se con él á Izcancanac ciudad populosa donde él residia. Cortés se partió otro dia y dió un caballo á Apoxpalon en que fue-se, de lo que mostró gran placer, aunque al principio pensó caer: entraron con recibimiento en aquella ciudad. Cortés y Apoxpalon, posaron en una casa donde cupieron todos los españoles con sus caballos, á los de México repartieron por casas. Aquel señor dió largamente de comer á todos el tiempo que allí estuvieron, y á Cortés cierto oro y veinte mugeres: dióle una canoa y hombres que lo llevasen por el rio abajo hasta la mar á donde estaban los caravelones; un español que llegó poco antes de Santiestevan de Panuco con letras y cuatro indios, que habian traído cartas de Medellin, de la villa del Espíritu Santo y de México, hechas antes que Gonzalo de Salazar y Peralmindes llegasen, con los cuales respondia que iba bueno, aunque con muchos trabajos, y tambien escribió á los españoles que estaban en los caravelones lo que habian de hacer y donde tenian de ir á esperarle. Acostumbran, á lo que dicen,

en aquella tierra de Acalan hacer señor al mas caudaloso mercader, y por eso lo era Apoxpalon que tenia grandisimo trato por tierra de algodón, cacao, esclavos, sal, oro aunque poco y mezclado con cobre y con otras cosas, de caracoles colorados conque atavian sus personas y sus idolos, de resina y otros sahumerios para los templos, de teda para alumbrarse, de colores y tintas conque se pintan para las guerras y fiestas, y se tiñen para defensa del calor y frio, y de otras muchas mercaderias que ellos estiman y han menester; y asi tenia en muchos pueblos de ferias, como era Nito, Fator y Barrio por í poblado de sus vasallos y criados tratantes. Mostróse Apoxpalon muy amigo de los españoles, hizo una puente para que pasasen una cienega, tuvo canoas para pasar un estero, envió muchas guias con ellos prácticos del camino, y por todo esto no pidió sino una carta de Cortes para si algunos españoles viniesen por allí que supiesen como era su amigo. Acalan es muy poblada y rica, Izcancanac grande ciudad.

CAPITULO 49.

La muerte de don Hernando de Alvarado Quauhtimoc [56].

Llevaba Cortés consigo á don Hernando Quauhtimoc y otros muchos señores mexicanos porque no revoiviesen la ciudad y tierra, y tres mil indios de servicio y carga. Quauhtimoc vivia aflijido de tener guarda, y como tenia alientos de rey y veia á los españoles alejados de socorro, flacos del camino, metidos en tierra que no sabian, pensó matarlos por vengarse, especialmente de Cortés y volverse á México apellidando libertad y alzarse por rey como antes era. Dió parte á los otros señores y avisó á los de México, para que en un mismo tiempo matasen tambien ellos á los españoles que allí habia, pues no eran mas de doscientos, y no tenian mas de cincuenta caballos, y estaban reñidos y en bandos; y si lo supiera hacer como pensar, no pensaba mal, porque Cortés llevaba pocos, y pocos eran los de México, y aquellos mal avenidos. Habia tan pocos entonces por haber ido con Alvarado á Quauhtemallan, con Casas á Higueras y á las minas de Michuacan. Los de México se concertaron para en obrar viendo descuidados ó asidos los españoles, y

[56] *La relacion sobre la muerte de Quauhtimoc está abiertamente desmentida por Bernal Diaz del Castillo tomo 4. pág. 228 de la edicion de Benito Cano; ocurrió esta desgracia en 26 de febrero de 1525 en Izcancanac capital de la provincia de Acullan en el reino de Goatemala, crimen grande que jamás podrán justificar los amigos de Cortés.*